

## Prólogo

Ella nunca contesta, pero, a pesar de eso, yo siempre le hablo. Escucha, le digo. He cometido errores. Cuando todo empezó, a veces procuraba fingir que yo era impotente ante todo aquello, que se trataba de un zarandeo del destino. Pensaba que tal como esas ocho mujeres ahora se mecen al viento, a mi manera yo he estado meciéndome al viento toda mi vida. Pero eso no es verdad. No es más que una mentira que me conté a mí misma cuando no me sentía lo bastante fuerte para afrontar lo que soy y lo que he hecho. En realidad, he tomado mis decisiones, y tengo mucho que ver con lo ocurrido. Sin mí, nada de esto ni siquiera habría comenzado.

Tengo veintiocho años, pero parezco mayor, y esa edad no guarda relación alguna con lo vieja que me siento. No es algo desacostumbrado ahí de donde vengo. He oído decir que en la ciudad a las mujeres las consienten y las miman, que las tratan como delicados adornos o como juguetes. Aquí, cargamos con nuestros padres, nuestros maridos y nuestros hijos a la espalda. Somos el vertedero donde va a parar toda la mierda de la vida. Judit me enseñó eso al comienzo, y nada de lo que he vivido desde entonces ha desmentido ni un ápice esa verdad. Solían preguntarse por qué yo seguía viva. En los pueblos, la gente suele quitarse la vida por menos de lo que he sufrido yo.

Cuando era pequeña, con ocho o nueve años, Katalin Remény, de dieciséis, se suicidó ahogándose porque estaba embarazada y no tenía marido. La sacaron de las aguas del río (en una

época en que los cuerpos en el río eran mucho más raros de lo que lo han sido en los últimos tiempos), y durante el funeral su cuerpo fue paseado por las calles y acompañado por el ululato de las plañideras. Sin embargo, era evidente que, debido a sus pecados, tenía que ser enterrada fuera del camposanto. Más tarde, Judit y mi padre fueron a verter agua hirviendo sobre la tumba para evitar que su alma en pena saliera a deambular por el pueblo, como se dice que hacen los suicidas.

Pocos días después de que enterraran a Katalin, Judit vino a hablar conmigo, y recuerdo que hablaba con silbidos y escupía de la furia que tenía. Me dijo que lo que Katalin había hecho no tenía sentido ni trascendencia; que tener un hijo sin estar casada sólo era un pecado a ojos de aquellos que querían controlar a las mujeres, y que, como último recurso, si una mujer estaba embarazada de un bebé que no deseaba, siempre podía acudir a ella y ella se encargaría de él, si bien a esa edad yo sólo tenía una vaga idea de lo que significaba «encargarse de él».

Como la mayoría de los ataques de ira de Judit, aquello nacía de un deseo de protegerme, y dio resultado. Katalin se instaló en mi pensamiento, como símbolo opuesto a todo lo que yo sería: un cordero insensato, un chivo expiatorio, más preocupada de la opinión de unos cuantos aldeanos estúpidos que de su propia vida. Yo sabía que nunca renunciaría a mi vida si me quedaba alguna alternativa y, tal como han sucedido las cosas, no se me puede acusar de no haber buscado todas las alternativas posibles.

A ella le explico que ésa es la raíz de todo, a saber, mi instinto de supervivencia, mi voluntad de vivir. Es la verdad latente en todas las decisiones que he tomado. Podría haberme rendido en muchas ocasiones, y supongo que habría salvado vidas. Pero no habría salvado *mi* vida, ni la vida de ella, y eso es lo único que me mantiene alerta. He aprendido que es demasiado doloroso y peligroso preocuparse de otras cosas.

¿Acaso es raro que piense así a mis veintiocho años? Quizá debería haber aceptado la parte amarga de la vida que me ha tocado como algo que podría abandonar fácilmente. Pero una vez que la tenía entre los dientes, no iba a dejarla escapar sin oponer la más violenta resistencia. ¿Qué hay de bueno en la vida? Hacedme esa pregunta cuando miréis una luna llena en verano, hinchada y blanca, flotando sobre la llanura. Preguntádmelo cuando miréis a la cara de mi hija. Desde luego, también hay cosas horribles, y a veces, o mejor, a menudo, superan a las buenas. Pero no puede haber belleza sin que haya una pizca de terror.



1914



# 1

Sari tiene catorce años cuando sacan a su padre, cuando lo llevan por las calles del pueblo, su rostro despejado y blanco bajo el ancho cielo, cuando siguen a través de las estivales flores silvestres que bordean el río, y cuando lo llevan al cementerio. Es un final público para un hombre privado, teñido por el drama que hace soportable la vida de pueblo. Una última oportunidad para ser el centro de atención, algo que Jan Arany nunca había buscado. Sari no llora, porque llorar no es lo suyo. Al contrario, se envuelve en un manto de silencio y deja que las otras mujeres del pueblo lloren por ella. Su silencio casi da la impresión de que está ausente. Se equivocaría quien lo piense.

Su padre había sido un hombre sabio y respetado, un *táltos*, y desde que Sari nació han vivido en las afueras del pueblo, en una casa de madera cuyas escaleras crujían, y un jardín cuyo césped ha sido desgastado por el ir y venir de habitantes del pueblo en busca de remedios, de ayuda o salvación. Su padre era un hombre grande, alto, de hombros anchos y pelo rubio (poco común en esas tierras) y una cara ancha como el sol, piensa Sari. Cálido pero distante. Los habitantes lo adoraban y lo temían en igual medida. A Sari sólo la temen.

Desde sus primeros recuerdos, donde vaya la siguen voces que susurran a su paso. Su padre había intentado explicárselo.

—Es porque amaban a tu madre —decía, pero eso nunca tuvo sentido para Sari. Ella también ama a su madre, una mujer ausente que nunca ha conocido, de la que sólo ha oído hablar, y

ha construido la imagen que tiene de ella a partir de historias y de su imaginación. Una mujer joven, apenas un poco mayor que Sari ahora, que había dejado a su familia, sonriente, para casarse con Jan Arany. Seguía sonriendo cuando se había hinchado con Sari que crecía dentro de ella, y después se había abierto en dos al nacer Sari y había muerto.

—Yo no quería que muriera —solía decirle Sari a su padre, cuando alguien susurraba *bruja* por detrás de ella.

—Ya lo sé —decía él—. Pero ellos creen que se trata de mala suerte, nada más.

Pero hay más, y Sari lo sabe, aunque siempre ha agradecido la bondad de su padre cuando él sostiene lo contrario. Sari entiende que es una muchacha rara, que hay algo en su manera de andar, en su manera de mirar a la gente, en las cosas que dice y en las cosas que sabe, que no es lo que el resto de la gente considera correcto y apropiado. Envidia a las chicas que ve paseando por el pueblo, cogidas del brazo con bonachona familiaridad, pero no sabe cómo llegar desde donde está hasta donde están ellas, cómo cambiar su comportamiento para que guste a los demás. La única concesión que hace en los días que corren es el silencio. Si mantiene la boca cerrada, los habitantes del pueblo tendrán menos historias que contar de ella, si bien, como sucede en la mayoría de los pueblos, mucha gente se contenta con repetir las mismas historias una y otra vez.

Ocurrió también el día en que murió su padre. Era por la mañana, y Sari se encontraba en la puerta de la casa de los Mecs en el ruidoso corazón del pueblo, comprando una botella de *czereznnye* a Dorthya Mecs. Al estirar la mano para cogerla, oyó las voces, nítidas, claras, dominadas por el tono agudo y nasal de Orsolya Kiss. Al oír su nombre, Sari movió los ojos sin girar la cabeza, y vio a Orsolya, con una de sus rollizas nalgas apoyada en el porche de los Gersek, inclinada y sonriendo burlona, rodeada de otras tres o cuatro mujeres. Dos de ellas, observó Sari, eran dos



de las mejores amigas de Orsolya, Jakova Gersek y Matild Nagy, flanqueándola como guardaespaldas. Había otra mujer que Sari no reconoció pero que, por la forma de su cara, recordaba a Orsolya. Sari se acordó de que la prima de Orsolya, venida de Város, estaba de visita. Con la práctica adquirida para ignorar a los demás, Sari se relajó ligeramente para fundirse con facilidad en las sombras de la calle.

—Nunca ha sido del todo normal —decía Orsolya en ese momento, y el tono de lástima que asomaba en su voz no podía ocultar su íntimo regocijo por ser la mensajera de una buena historia—. Es un problema horrible para su padre, que es un buen hombre. Y su madre... —Orsolya hizo una pausa para entornar devotamente los ojos hacia el cielo (gesto que las otras tres imitaron)... Monika era una buena mujer. Tuvo una muerte trágica, tan joven, pero, me perdonaréis, a veces doy gracias a Dios de que no haya tenido que vivir para ver en qué se ha convertido su hija.

—¿Qué hace? —preguntó la prima de Orsolya con un murmullo de voz, en medio de la sordina del chismorreo.

Aquel diálogo le era familiar a Sari hasta el hartazgo, como un canto ritual de llamada y respuesta. Sari se dio cuenta de que se había quedado inmóvil, con la botella de aguardiente en una mano, cuando cruzó una mirada con Dorthya, que alzó las cejas y se encogió de hombros con un gesto de simpatía. Sari recogió el brazo pero se quedó donde estaba, escuchando, totalmente quieta. *¿Qué será esta vez, Orsolya?*, preguntó, muda. *¿El cuento de cómo vuelvo loco al perro porque no para de cagar frente a nuestra casa? ¿O el de cómo le he lanzado una maldición al bebé de Éva Orczy porque creo que ella me mira de mala manera? ¿O el que cuenta que tengo una marca de nacimiento en la espalda en forma de cruz invertida? ¿O quizás algo nuevo que hayas soñado?* *Vamos, Orsolya*, se dijo, como un desafío, *sorpréndeme*.

—Pues, esto lo he visto con mis propios ojos —dijo Orsolya, y Sari se relajó un poco. Ése lo había oído, y casi era reconfortan-

te volver a oírlo. Había adoptado los suaves matices de un cuento de hadas—. Ella tendría unos cuatro o cinco años —siguió Orsolya, sintiéndose a sus anchas—. Era domingo, y estábamos en la iglesia. Era en verano, quizá finales de julio, o en agosto, y ya sabéis cómo son las moscas en esa época... En fin, había un enorme *dongó* que zumbaba alrededor de Sari, y ella daba palmadas y golpes, como los niños, pero el *dongó* no la dejaba tranquila. Así que, al final, se sentó muy recta y simplemente *miró* a la mosca, y sanseacabó. El bicho cayó al suelo, muerto.

El pesado silencio que siguió al relato de Orsolya fue como un contrapunto del sordo *plop* de la mosca que caía al suelo. En otra vida, Orsolya podría haber sido actriz, pero en ésta su repertorio es limitado, y Sari conocía esa anécdota de memoria. Era el silencio lo que ella esperaba. Hiciera lo que hiciera, ellas creerían lo que querían creer, de modo que a ella le estaría permitida su dosis de diversión, ¿no? Pagó a Dorthya con pulso del todo sereno y se giró para encarar al grupo de mujeres. Respiró deliberadamente con fuerza, se enderezó como si la parte superior de su cabeza estuviera sujeta al cielo y, con un gesto muy decidido, se echó el pelo hacia atrás y lanzó sobre Orsolya, luego sobre su prima, y luego sobre sus risueñas y superficiales amigas, aquella mirada que, ya lo sabía, asustaba a la gente. Observó con intensa satisfacción cómo aquellas sonrisas de engréidas se desvanecían de sus caras (como mierda que se desprende de una pala, pensó). Sólo entonces se giró, acomodando la botella bajo el brazo, y se dirigió a casa.

Acababa de llegar y pelaba las patatas para la comida de mediodía cuando lo oyó: un golpe sordo y pesado en la planta superior (por un instante pensó en la mosca ficticia de Orsolya que caía al suelo), y supo enseguida qué había ocurrido. No le cambió la expresión. Primero, acabó de pelar las patatas. Se levantó, se sacudió el agua de las manos y se las secó en el vestido. Luego subió, lentamente, las escaleras. Una vez arriba, entró en la habita-

ción de su padre. Ahí estaba él, en el suelo, caído y desmoronado como ella sabía que lo encontraría. Se le acercó, se arrodilló junto a él y le pasó la mano por la cara para cerrarle los ojos. Desde luego que estaba muerto. Algo en la resonancia del ruido que hizo al caer le dijo a Sari que no era el ruido de un ser vivo.

Durante cinco minutos, permaneció inmóvil, arrodillada junto al padre, sin llorar, sin hablar, sin rezar (aunque más tarde, pensó, podría decirle a la gente que había rezado), sólo sintiendo cómo el corazón se le desbocaba, cómo la sangre vibraba a su paso por las muñecas, sumida en la idea de que era imposible que ella siguiera viva ahora que su padre había muerto. Permaneció ahí hasta que se volvió consciente de la ausencia en la habitación, hasta que sintió que el cadáver tendido en el suelo había dejado de ser su padre y se había convertido en un objeto. Por lo tanto, era el momento indicado para dejarlo.

A Sari se la conoce en Falucska sobre todo por su desconcertante silencio y su hierática figura, y en el funeral se entrega a esta imagen, se la pone como si se envolviera con una vieja y cómoda manta. Da la impresión de que no la conmueven las palabras del sacerdote sobre su padre ni le afectan los llantos de las mujeres que la rodean. Todo el pueblo ha venido, y todas las miradas están posadas en ella. Si bien es cierto que muchas mujeres lloran de verdad la muerte de Jan, la presencia de Sari en el funeral es, sin duda, una atracción de peso. Si se le ocurriera hacer algo aunque fuera remotamente llamativo, como reír durante la elegía, animaría enormemente el funeral y le daría al pueblo algo de qué hablar durante días. En la mayoría de la gente, piensa Sari, no es una malicia deliberada. Es el aplastante aburrimiento de la vida en un pueblo que languidece en medio de la llanura. Aunque ellos nunca lo reconocerían, son muchos en Falucska los que le agradecen que agite algo las cosas. Si no fuera por ella, no habla-

rían más que de cultivos y de embarazos y del clima todo el maldito día.

Sari siente que la observan y decide no darles la satisfacción de comportarse como ellos esperan que lo haga. *Éste no es mi padre*, se dice, con serenidad, y no tarda en abstraerse; hace años que practica la habilidad de desentenderse de cualquier situación. Sólo cuando el primer terrón golpea el ataúd, vuelve al presente. De pronto tiene una imagen breve y horripilante de su padre, carcomido por los gusanos, cubierto de tierra, y se acabó. Se sacude con fuerza, como aguijoneada, y los del pueblo esperan con el alma en vilo, apostando mentalmente por lo que se dispone a hacer: *se lanzará de cabeza a la sepultura; comenzará a chillar; atacará al sacerdote, por descontento*. Pero ella sólo se gira y se aleja del grupo, vuelve hacia el conjunto abigarrado de casas. El padre István sigue con su cantinela después de una brevísima pausa, y una nube de decepción se abate sobre la multitud.

En la periferia del nudo de gente se produce una agitación y Ferenc Gazdag, un joven de diecinueve años y expresión ferviente, se gira para seguir a Sari, pero la mano de su madre en el hombro lo detiene.

—Déjala —advierte, con un silbido de voz. Márta Gazdag es la hermana de la madre de Sari, y aunque no tiene en demasiada estima a su sobrina (porque, francamente, ¿cómo va uno a tener en estima a alguien tan rara?), hay algo en la espalda recta de Sari, en la mata rebelde de su pelo negro, que a veces le recuerda a su hermana. Su hermana, enterrada a sólo unos metros de ese lugar. Los ojos siguen clavados en Sari, la acompañan mientras se aleja, mirando a dónde va, aunque ya sospechan cuál es su destino. Tal como pensaban, en el cruce de los dos caminos dobla a la izquierda en lugar de ir a la derecha. Sube por las escaleras que llevan a la puerta de la casa de la comadrona y entra.

—¿Tía Judit?

Sari nunca ha sabido a ciencia cierta si tía Judit es de verdad su tía. Siempre se ha referido a ella de esa manera, pero lo mismo hace el resto del pueblo, hasta los pocos ancianos más viejos que la propia Judit. Es lo único que le da a Judit cierto aire de respetabilidad. El supuesto parentesco, además, es lo único que impide que los niños arrojen piedras contra su ventana cuando pasan por su casa (y, a veces, todavía lo hacen). Es un parentesco que ha sido necesario adoptar porque el pueblo la necesita, sin importar lo que sus habitantes opinen de ella. Judit es la única comadrona y, más aún, es la única persona en varios kilómetros a la redonda que tenga algún conocimiento médico. Puede que algunos sean lo bastante ricos y poderosos para llevar a sus hijos a Város para sus revisiones periódicas, o para que les revisen los dientes, pero pobre del que no cuente con la ayuda de tía Judit cuando se pone a vomitar en medio de la noche, porque es a ella a quien acabará llamando.

Sin embargo, Judit siempre ha sido la segunda persona en este mundo más querida por Sari, después de su padre. Y, ahora, piensa, probablemente, su persona predilecta sin más. No sólo a Judit no le importa lo que Sari tiene de raro, sino, más bien, parece apreciarlo, quizá porque ella misma sabe muy bien qué significa ser una marginada. Judit calza con la definición que cualquiera tiene de una bruja. Delgada como una escoba, pelo blanco que intenta domeñar con un moño pero que acaba rebelándose y apuntando en estrambóticas mechas. Sus ojos son dos pozos de carbón, tiene la nariz en gancho, y una boca que es un agujero al que le faltan casi todos los dientes.

—Cuida de tus dientes —le dice siempre a Sari—. Nunca sabes cuánto los echarás en falta.

Sari no podría adivinar qué edad tiene. Quizá setenta, o incluso ochenta, pero Judit tiene todavía tanta fuerza que Sari cree que hay que calcularle unos años menos. Judit dice que es la vida

tan difícil que ha llevado lo que la hace parecer tan vieja, aunque ese comentario siempre va seguido de una risilla que sugiere tal regocijo que Sari nunca sabe si lo dice en serio o no. Judit tiene el tipo de rostro que inspira miedo en los niños y, si no mintieran, también en algunos adultos, lo que a ella parece divertirse. En cualquier caso, nunca se afana en desmentir aquellos rumores que circulan sobre ella y que atascan los conductos por donde discurren los chismorreos del pueblo.

Judit ha salido a grandes zancadas de su cocina, con un vaso en la mano.

—Sari... ¿no se supone que deberías estar en el funeral?

Sari hace una mueca y se quita la bota izquierda de un tirón.

—Casi han terminado. Me he puesto enferma, Judit, enferma de la gente y de las palabras y de los llantos. Todo es absurdo.

—Siento no haber ido —dice Judit. Se sienta en el suelo de madera para quedar a la misma altura que Sari, que ahora tira de su bota derecha—. Ya sabes que István y yo no nos entendemos demasiado bien. Quizá debería haber ido para hacerte compañía.

Sari sacude la cabeza con gesto enérgico.

—No seas ridícula. Te habrías convertido en una hipócrita, como todos los demás. Además, ya sé cuidarme sola. —Su voz se ha roto en la última palabra y, de pronto, se tapa la cara con las manos. Judit le pone una mano huesuda sobre el hombro, pero no la abraza porque parecería forzado. Sari se sacude violentamente pero Judit duda que esté llorando. En los catorce años que conoce a la chica, jamás la ha visto llorar, y no cree que aquella vaya a ser la primera vez. Piensa que es probable que la niña tenga algún tipo de defecto en los lagrimales que le impide llorar.

Al cabo de un rato, Sari deja de temblar y aparta las manos. Durante un momento, se queda quieta, con esa inmovilidad sobrenatural que hace que la gente la tema y desconfíe de ella, antes de pasarse una mano por la cara de cualquier manera.

—Perdón —dice, secamente.

—Está bien —contesta Judit—. Espera. —Va a la cocina y vuelve con un vaso lleno de un líquido claro, que le pasa a Sari.

—Bebe esto —le dice—. Te sentará bien.

Sari se lo traga de unos cuantos sorbos, con una mueca.

—Dios, Judit, es peor que eso que hiciste el año pasado. Por eso mi padre se lo compraba siempre a los Meacs, no a ti.

—Igual te sentará bien —le dice Judit, encogiéndose de hombros.

Se oyen pisadas en el camino frente a la ventana de Judit.

—Ya está, el funeral ha acabado —dice Sari. Su voz es deliberadamente ligera, pero Judit capta su significado.

—Y ahora ¿qué pasará contigo?

Porque, en realidad, ésa es la pregunta. La casa donde Sari creció con su padre... ahora le pertenece, y lo único que quiere es volver allí, visitar las habitaciones que conservan la presencia de su padre. Pero eso no es posible. Las chicas no viven solas, ni tampoco las mujeres, a menos que sean viudas, y si bien ella está acostumbrada a decirse que no le importa lo que piensen los del pueblo, no tiene demasiadas ganas de agravar su marginación. Y, entonces...

—Bueno, está Ferenc —dice Sari.

—Sí, Ferenc —repite Judit, pausadamente—. Parece un buen chico.

—Lo es —afirma Sari. Siente un afecto general e inasible por el joven que probablemente será su marido. La idea del matrimonio no deja de repelerle levemente, pero ahora entiende las ideas de su padre. Estos últimos días ha tenido una bola fría de miedo alojada en alguna parte del pecho y, curiosamente, ha sido la imagen de Ferenc lo que la ha reconfortado. Al menos hay una persona que *tiene* que ser amable con ella, que *tiene* que cuidar de ella (aunque, añada sin vacilar, ella sabe cuidarse sola).

—Parece el paso más evidente —empieza a decir Judit, pero Sari sacude violentamente la cabeza.

—No, todavía no. No hasta que cumpla los dieciocho. Lo prometí. Hasta entonces, puedo cuidarme sola.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —exclama Judit, y alza las manos a manera de rendición—. Pero al menos dime cómo piensas proveer para ti misma hasta entonces.

Sari se sonroja. No es que sea tímida, pero sí es orgullosa, y no está en absoluto acostumbrada a pedir favores, así que le cuesta encontrar las palabras, si bien sospecha que Judit ya sabe lo que va a decir.

—Estaba pensando —dice, pausadamente—. Pensaba que quizá podría trabajar contigo. Podría ayudarte, y empezar a aprender lo que haces. Si me dejas.